

El centinela

Mi mente despertó antes que mi cuerpo, como siempre. Escuché atentamente, olí el aire. Nada. Abrí un ojo. Oscuridad total. Pasé a modo nocturno y revisé los alrededores. Nada. Bueno, hora de mi ronda, se acabó el descanso.

Subí las escaleras hasta el dormitorio y revisé los rincones sin encontrar nada sospechoso. Mi protegido dormía plácidamente, roncando de cuando en cuando.

Fuí hasta la cocina y me asomé a la ventana. Algunos otros centinelas estaban del otro lado de la calle, conversando entre ellos.

— "Que irresponsabilidad" — pensé, disgustado—. "El enemigo es inteligente, y rápido. Y tenemos un trabajo importante que hacer. Deberían ser reportados de inmediato."

Fuí a comer algo, no demasiado para no embotar mis sentidos. Mientras cenaba recordé mis días de la academia.

— El adversario es fuerte — nos decía el sargento—. No lo subestimen nunca. No podemos permitir que los protegidos conozcan su presencia. Son fácilmente influenciables y el pánico podría causar aún más víctimas que una guerra a gran escala. Algunos conocen la presencia del adversario, esos fueron quienes nos instruyeron, sabiendo que teníamos el potencial de ver más allá de la realidad física.

— Entonces ¿algunos de los protegidos pueden ver al enemigo? — preguntó un recluta nuevo.

— Sí, muy pocos a decir verdad. Pero hace unos 3000 años algunos elaboraron métodos para detectarlos y combatirlos. Desde entonces teníamos buenas relaciones con ellos, pero sin llegar a la estrecha colaboración que tuvimos más adelante, o a la completa dependencia de estos días.

— En ese entonces —siguió el sargento— eligieron a los más aptos de nosotros y nos adiestraron, apareándonos de forma tal que las habilidades resultaran genéticas, hereditarias. Hoy podemos hacer naturalmente cosas que en ese tiempo requería mucho entrenamiento y esfuerzo. La tecnología era primitiva en esos tiempos, pero el estudio de la mente y su influencia sobre las fuerzas naturales estaba muy avanzado. Creo que le llamaban magia, aunque ya sabemos que no existe tal cosa. Son solo campos de energía, controlados y dirigidos.

— ¿Por qué no emprenden una ofensiva nuestros protegidos sargento? — pregunté—. Tecnológicamente son mucho más avanzados que nosotros. Terminarían con este problema de una vez por todas.

— El problema es que los capaces de ver al enemigo son muy pocos. Las puertas dimensionales ocultan su presencia hasta que se abren para dejar pasar alguno. Recuerden que sólo nosotros podemos ver las puertas cuando se están formando. Ellos perdieron esa habilidad hace ya mucho tiempo. Y nosotros no podemos tomar la iniciativa, no podemos pasar al otro lado para atacarlos. Así que la situación está en tablas hace algunos miles de años. Además que los enemigos utilizan muchas de nuestras propias habilidades. Sabemos que la energía mental puede inhabilitar gran cantidad de armas convencionales. No creo que la tecnología juegue un papel fundamental en una posible guerra.

— Los que pueden vislumbrar los portales, lo que hay tras ellos, o lo que, a veces, logra pasar produce un impacto fortísimo en nuestros protegidos —prosiguió—. No olvidemos que ellos "no creen que estas cosas puedan existir". Esa es su principal debilidad. Terminan internados en instituciones mentales, completamente dementes. Ni hablar de que convengan al resto de sus

congéneres de tomar una acción organizada para impedir la invasión.

Terminé de comer y decidí revisar el resto de la casa. Luego sería el turno de los terrenos vecinos y techos.

Primero revisaría el sótano, el lugar de máximo riesgo. Increíble como estos tipos sienten una especial atracción por incluir esas cosas en sus casas. Lugares oscuros, húmedos, bajo tierra, de poco uso. Parecería que están gritando "Vengan, coloquen un portal aquí. Establezcan un puesto de comando para la invasión. Ya está todo listo, los estamos esperando". A veces pienso que esto tiene que ser una tarea de inteligencia o propaganda enemiga. Desde hace unos 50 años se han multiplicado este tipo de construcciones, sótanos, subterráneos, minas en profundidad, instalaciones de agua, gas y energía. Todo bajo tierra. Para desgracia nuestra, muchos buenos soldados y centinelas han desaparecido ahí.

La puerta del sótano estaba abierta. Una muestra mas de negligencia. Bajé despacio los escalones, con mis sentidos alerta. El olor a muerte me golpeó como un cachetazo. Algo había estado ahí, uno de "ellos", y podía estar aún escondiéndose en algún lado. Lancé una sonda mental. Si no la bloqueaban sabría donde estaba el enemigo. Si podían bloquearla al menos confirmaría que aún estaba ahí.

Pero no sucedió nada. No había nada. Ninguna fuerza sobrenatural rondaba los alrededores. A veces los portales se cierran espontáneamente y el enemigo tiene que probar en otro sitio. Quizá hubiera sido una de esas veces.

Controlé el sótano en profundidad. Los rincones, abajo y cerca del techo, tras los muebles, bajo las mesas, los lugares de costumbre, sin encontrar ningún rastro de actividad paranormal. Subí de nuevo a la casa, no estaba para nada tranquilo.

— El pánico mata la concentración — el oficial que nos instruía sobre combate personal era un veterano, con cicatrices de mil batallas y una voz profunda que imponía respeto con solo abrir la boca—. Y la falta de concentración los matará a ustedes.

— El enemigo lo sabe y tratará de aprovecharlo. Los distraerá, los engañará. Atacará cuando piensen que se retira, aturdirá sus sentidos. Y lo que es más importante. Huele el miedo. Su miedo le dará fuerzas. No es invencible, pero ustedes tampoco lo son. Entrenen duro, no bajen la guardia, y por sobre todas las cosas, no tengan piedad, ya que ustedes no la recibirán.

Pasé frente a la cocina en el camino hacia el patio, sin dar importancia a la luz de la heladera. A la luz púrpura de la heladera. El miedo me inmovilizó solo un instante. Para dar paso a la furia. Me habían entretenido en el sótano con un truco tan viejo como mi raza. Entré en la cocina. Despacio, atento. Preparado para detener el ataque mental tanto como el físico. El portal se estaba cerrando. El agujero púrpura del rincón detrás de la cocina se hizo cada vez más pequeño, hasta que desapareció con un ligero silbido, como si hubieran arrojado agua sobre una sartén caliente

— "No estás muy lejos de la realidad" — pensé.

En ese instante lo vi, fugazmente, como sucede en la mayoría de los casos. Era un explorador, uno de esos demonios veloces y escurridizos. En realidad solo vi la cola bifurcada desapareciendo por la puerta del comedor. Esos malditos poderes de camuflaje nos ponen en aprietos. Pero yo también conocía algunos trucos.

Entre de golpe al comedor y lancé uno de esos chillidos agudos, de alta frecuencia, que tanto les molestan. Dió resultado, el maldito iba corriendo camuflado como madera entre las sillas cuando el ruido lo desorientó completamente y lo hizo enredarse y tumbar algunas sillas.

— ¡ Maldición ! Espero que el ruido no despierte a mi protegido —murmuré—. Lo menos

que necesito es que baje en medio de una batalla.

Salté sobre la mesa, esperando que saliera, debajo de ella no se escuchaba nada. Aguardé un segundo y decidí actuar. No era buen lugar para moverse, bajo la mesa, con todas las patas de las sillas estorbando, pero no podía esperar más. Desplegué las navajas que tenía en las manos, listo para un combate cuerpo a cuerpo, y ajusté mi visión infrarroja. Bajé al piso y miré bajo la mesa.

Traté de recordar el entrenamiento. Camina despacio, respira, las orejas hacia atrás, a salvo de posibles daños, los ojos bien abiertos, barriendo el espectro visible y el infrarrojo sin descanso, ubica el enemigo, mide la distancia, desplaza el peso hacia las piernas, prepara las manos para el combate, extiende las cuchillas. ! Y salta !

El no esperaba el ataque, y yo no esperaba la desesperada defensa. El primer tajo le abrió la garganta, pero no lo suficientemente rápido como para que no pudiera lanzarme un golpe psíquico que me hizo doblarme en dos, como un mazazo en mi estómago. Pero su vida se escapaba rápidamente, la presión disminuía, y finalmente me pude reponer lo suficiente como para clavar las garras en la base de su nuca. Se desplomó y desapareció con un silbido.

En ese momento escuché ruidos en la escalera.

- ¡ Vuelve a la habitación ! - grité, a pesar de que sabía que era inútil. Ellos ya no pueden entendernos.

Corrí hacia la cocina, siempre que se despierta en medio de la noche va a la cocina, y justamente ahí se había abierto la puerta. La heladera estaba abierta, pero el resplandor era blanco, como debía ser. Mi protegido estaba delante de ella, tomando un vaso de leche, las brumas del sueño aún delante de sus ojos.

Por eso no vio el resplandor púrpura tras él, en la otra pared, la que daba al sótano. Y salieron. Dos de ellos. Raptors. Jóvenes y fuertes.

Cualquiera que conozca los Raptors Infernales sabe de lo que hablo. Criaturas del tamaño de un gran danés o un pony, con crestas córneas sobre la cabeza y alrededor del cuello y brazos largos y musculosos. Capaces de correr en cuatro patas o luchar parados sobre las traseras. Ah, y dientes, muchos y filosos.

Las criaturas estaban calientes todavía por el pasaje a nuestro plano, así que mis infrarrojos se saturaron. Pasé a visión normal y traté de planear una estrategia. Tenía que sacarlo de ahí.

- ¡ A tu cuarto ! ¡ Rápido ! - Tenía escasos segundos hasta que las bestias se recuperasen del pasaje.

El protegido se sobresaltó, no había notado mi presencia.

- ¡ Maldito ani... ! - no terminó la frase. Al volverse para castigarme por mi impertinencia se encontró frente a frente con los dos Raptors que se estaban irguiendo. Las bestias negras y amarillas se abalanzaron sobre él, las zarpas extendidas y relucientes.

Quizá lo que le salvó la vida fué haberse tropezado conmigo cuando retrocedió, aterrorizado. Rodamos juntos por el piso mientras el zarpazo del Raptor más cercano pasaba a escasos milímetros de su cabeza.

Me desprendí como pude de mi protegido y me abalancé sobre la bestia más próxima, directo a su garganta. En el último instante cambié de idea y atacé sus ojos. Me aferré como pude a su cabeza y tratando de esquivar su cuernos laceré ambos ojos, facetado como los de los insectos. Al mismo tiempo pude distinguir al otro engendro que rodeaba a su compañero herido, yendo directamente hacia mi protegido.

Solté al Raptor herido y me ocupé del otro. No es recomendable dejar una bestia infernal

como esa herida, pero tenía que detener al otro, ganar tiempo. Luego vería como me las arreglaba con ellos, pero mi prioridad era mi protegido, debía escapar a cualquier costo.

Salté desde la cabeza del primer Raptor, cayendo parado sobre la mesada de la cocina. Me concentré todo lo que pude y atacué al restante con una onda psiónica, lo más potente que pude. No fué muy efectivo. Solo logré que se molestara y me embistiera con todas sus fuerzas. Apenas pude esquivar sus dientes, pero no pasó lo mismo con sus puños, gracias a Bastet cerrados. Mis costillas sonaron y fuí a dar contra el muro.

No sé si fué el dolor o el miedo, el hecho es que desde el piso lancé otro ataque desesperado que pareció surtir mucho mas efecto, al punto que pude distinguir el frente de alta presión en el aire que rodeaba a la criatura, que esta vez si acusó el golpe. Lancé otra ráfaga mientras me levantaba, y el horrible ser se dobló sobre si mismo, sangrando por la nariz y las orejas. Era mi oportunidad, podía deshacerme de uno ahora mismo y ocuparme tranquilo del que estaba herido.

Desplegué las garras que también tengo en los pies y salté sobre él. Con mis manos me aferré fuertemente a su cuello mientras las cuchillas de mis pies desgarraban el abdomen de la criatura, una, dos, tres veces. El quejido agónico y la sangre negra sobre el piso me dijeron que mi trabajo con él estaba terminado.

Entonces escuché el grito, agónico, desgarrador. Salté sobre el cuerpo del Raptor que acababa de derrotar y ví un espectáculo dantesco.

Mi protegido se había levantado, quizá para escapar por la puerta del frente, solo para encontrarse con el Raptor ciego que moviendo sus brazos como guadañas intentaba alcanzarlo. Tres franjas rojas se habían dibujado sobre su pecho. Estaba todo dicho. Había fracasado. Nadie puede sobrevivir a garras de treinta centímetros, filosas como navajas y duras como el acero. El hombre giró el cuello para observarme, incrédulo. Entonces la bestia lo mordió en el cuello y pude escuchar el sonido de las vértebras al romperse.

A los tropezones el Raptor se dirigió hacia el portal en la pared, llevando a su presa consigo. Concentré toda mi energía y concentración en el último ataque, canalizando toda mi furia e impotencia. La onda psicokinética impactó de lleno en la cabeza de la criatura y en mi mente vi los huesos del cráneo reducirse a pequeños fragmentos. Se inmovilizó al recibir el golpe y luego, lentamente cayó hacia dentro del portal, llevandose a mi protegido con él. El portal volvió a cerrarse y el silencio me envolvió.

Caminé hacia donde había estado el ingreso, lentamente, debía tener algunas costillas quebradas. Pero lo que más me dolía era mi orgullo, hacía años que no perdía un humano. Revisé la zona sólo por si acaso. Pero no sucedió nada, el portal estaba cerrado definitivamente. Y después de la derrota no creo que mandaran otro ataque, al menos no tan pronto.

Uno de los centinelas de las casas vecinas estaba sobre la ventana de la cocina, debían haber escuchado los ruidos o sentido la presencia de las criaturas. Me hizo señas tras el vidrio. Levanté una pata indicándole que estaba bien, que el peligro había pasado, y caí de costado. En este momento mis compañeros vecinos estaban pidiendo ayuda. Alguien vendría pronto, seguramente con un reemplazo con el mismo pelaje y contextura, hasta que me recuperara, para no levantar sospechas.

- ¡ Por qué diablos los humanos se han vuelto tan estúpidos !¿ Qué se creen que hacemos cuando nos paramos con la vista fija en los rincones oscuros, vigilando, esperando ? - le pregunté a la cocina vacía -. ¡ Hasta los primitivos egipcios sabían que nosotros, los gatos, somos los guardianes de las puertas del infierno !

Comencé a limpiarme las heridas, lamiendo lentamente cada una de ellas.

"El gato posee belleza sin vanidad, fuerza sin insolencia, coraje sin ferocidad, todas las virtudes del hombre sin sus vicios"

Lord Byron